

Doctor en Ciencias Biológicas por la Universidad de Córdoba. Su tesis, centrada en cuestiones sobre ecología de anfibios, recibió el Premio Extraordinario de Doctorado. Ha publicado numerosos artículos científicos y técnicos en revistas internacionales y ha escrito varios libros y otras publicaciones de carácter técnico y divulgativo. En el ámbito literario tiene microcuentos publicados en 2001 en el libro "Galería de Hiperbreves, Edición del Círculo Cultural Faroni" (editorial Tusquets), un cuento infantil en el libro "Historias Mágicas y Verdaderas", editado en 2005 por Aldeas Infantiles SOS, y varios cuentos en distintas antologías, algunos de los cuales han sido finalistas en diferentes certámenes. En 2008 recibió el primer premio en el V Concurso de Relato Breve del Museo Arqueológico de Córdoba. Perteneció a la Asociación Cultural Mucho Cuento.

## Ricardo Reques

Primer Premio del IV Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

# EL ENMENDADOR DE CORAZONES

*A Mari Paz y a María*

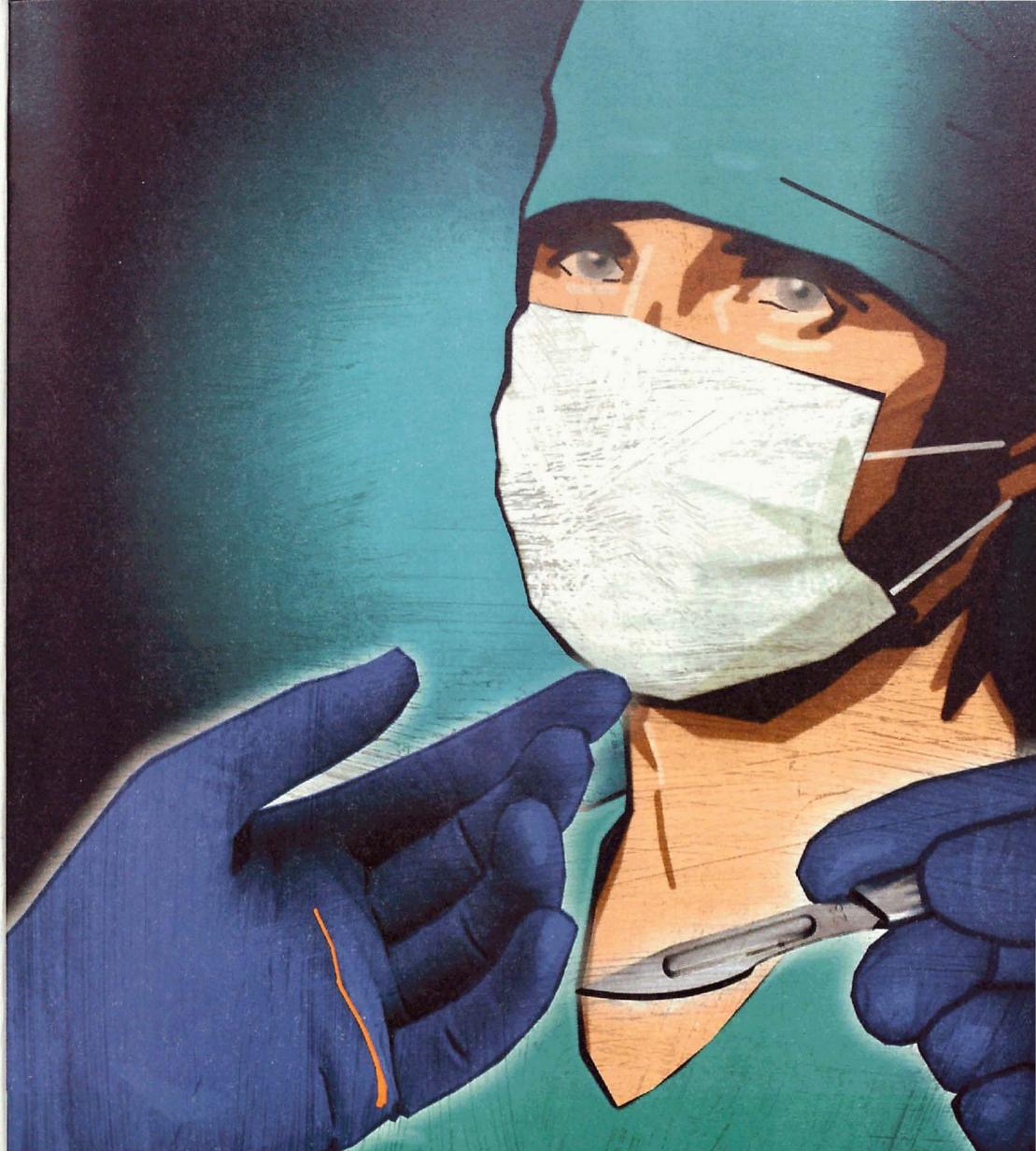
Fue un pequeño accidente sin importancia. Me pasó el bisturí y, al sujetarlo, me hice un corte limpio en la mano; algo que le puede pasar a cualquiera. Estaba examinando con minuciosidad el cadáver, concentraba toda mi atención en intentar hacer una incisión precisa, la diferencia entre un sobresaliente y un suspenso, entre la vida y la muerte si fuera un paciente vivo. Él mismo se percató antes que yo de que mis dedos sangraban y corrió solícito a retirarme el guante de látex para curarme, deteniendo con ello la magistral exposición práctica que nos estaba dando.



El profesor Metzger procedía de Koblenz, una ciudad de la que apenas hablaba salvo para referirse a los altivos castillos que conservan sus riberas y al magnífico vino criado en sus valles. Contaba, con poca gracia, que él había llegado a esta universidad para formar a grandes cirujanos de la misma forma que una cepa procedente del valle del Rin, y que trajo un soldado de los tercios de Flandes, dio lugar a los caldos más reputados de estas tierras.

No era, desde luego, muy dado a la vida social; al principio pensábamos que quizás hablar un idioma extraño le hacía sentirse inseguro pero, después, convenimos que formaba parte de su carácter parco y reservado. Una tristeza perpetua parecía reposar sobre la traslúcida piel de aquel hombre solitario y sombrío. Vivía en las afueras de la ciudad, cerca del río, en un piso impersonal y anodino de paredes blancas y escaso mobiliario adonde sólo iba para dormir. El resto del tiempo lo repartía arrastrando su cuerpo largo y delgado, ligeramente encorvado, entre los pasillos y los despachos de la Facultad y del hospital.

En el último curso de la carrera empecé a salir con Adelia y faltaba a clase con frecuencia. Antes que hacer prácticas de anatomía en aquel frío habitáculo del sótano prefería contemplar la pureza de sus iris de miel, trazar con mis manos las líneas de su cuerpo, sentir la tibieza de sus abrazos, el latir del corazón cercano, los sonidos descompasados que buscan aceleradamente una bocanada de oxígeno antes de exhalar el último suspiro. Sin embargo, cuando Metzger comenzó el segundo trimestre como profesor asociado, debo reconocer que me quedé enganchado, con una vocación renovada, y procuraba no perderme ninguna de sus solemnes y apasionadas clases.





—La distinción entre la vida y la muerte es muy tenue, piénsenlo bien— dijo con una voz hueca y plúmbea, con su marcado acento alemán y mirando siempre al suelo. —Vayan bajando de escala, desde su mundo macroscópico al microscópico. Somos seres sociales que nos relacionamos unos con otros, intercambiamos ideas y fluidos, somos también un conjunto de órganos con distintas funciones elementales pero necesarias para mantener viva nuestra unidad. Somos corazón, pulmones, somos estómago, hígado y huesos. Somos entes emergentes de un puñado de vísceras y músculos con acciones combinadas de modo que, aislados, no pueden tener autonomía. Somos sangre, somos venas, células, reacciones químicas de compuestos que interaccionan, por los que respondemos a estímulos, por los que nos comportamos de uno u otro modo y por los que sentimos. Somos, si me apuran, moléculas enlazadas y somos conjuntos de átomos; pero en ese punto ya dejamos de ser, de tener una identidad. Dejamos de existir como unidad independiente y formamos parte de un universo común. Los átomos que nos forman han estado aquí, desenlazados, antes que nosotros y seguirán estando después de nosotros. ¿Dónde está la diferencia entre la vida y la muerte? ¿En qué escala de organización?

Según iban sucediendo los meses la reputación de Metzger como cirujano fue creciendo en todo el país. Tenía una habilidad especial; era capaz de unir cada órgano como un herrero funde dos piezas, remendar cada tejido como el mejor sastre, engastar venas y arterias como el más experto joyero y de poner todo en marcha como el más preciso de los relojeros. Parecía que no hubiese hecho otra cosa en toda su vida. Y probablemente fue así.

En muy contadas ocasiones los alumnos acudíamos a su destartado despacho en las horas de tutoría e invariablemente nos recibía ausente, con el desasosiego de quien piensa que le están robando su preciado tiempo. Sus pacientes, en cambio, tenían una percepción de él completamente diferente. A pesar de su aspecto enjuto, con el pelo rojizo y ralo que dejaba ver algo más que unas prominentes entradas en la frente, su piel lunar, su nariz algo torcida, sus facciones endurecidas y su cara rojiza y picada de viruelas, en la unidad de trasplantes era muy apreciado entre los enfermos y a ellos les dedicaba gran parte de su tiempo. Él, me lo dijo en una ocasión, tenía un compromiso personal con cada paciente por mejorar su estado y salvar su vida. Como buen germano, el valor de la palabra estaba por encima de cualquier circunstancia y él les prometía personalmente que encontraría el donante con el corazón apropiado que necesitaban para seguir con vida. Ese hecho contrastaba, desde mi punto de vista, con las disquisiciones que hacía en clase donde entendía que la vida estaba sobrevalorada y que su labor como cirujano era exactamente igual que la de un mecánico, sin ningún componente sentimental más que la satisfacción personal de haber puesto a punto una máquina rota. Eso era lo que alimentaba su ego.

—Cuando un órgano falla hay que cambiarlo, igual que ocurre con la pieza de un coche si queremos que se siga moviendo. No hay un motor convencional que pueda funcionar sin un cilindro en el que se deslice un ajustado pistón. No hay un ser humano que funcione sin un corazón bien ensamblado. No somos muy diferentes a las máquinas.

Metzger se ausentaba con frecuencia. Únicamente pasaba aquí los meses invernales, el resto del tiempo regresaba a su ciudad natal o era requerido en distintos centros de investigación de cualquier parte del



mundo, pero no faltaban los fines de semana en los que desaparecía sin dejar el mínimo rastro. Cuando entré como alumno interno en su departamento, los viernes por la tarde solíamos quedar todos los compañeros para ir a cenar pero él solía evitar esa cita. Sólo nos acompañó en tres ocasiones y en las tres acabó completamente borracho y tuve que acompañarlo a su casa. Adelia me confesó que Metzger, cuando apenas llevaba dos copas, perdía los papeles y resultaba ser un salido que soltaba irrepetibles obscenidades en sus oídos mientras intentaba acariciarla con manos lascivas y sudorosas. No es de extrañar por eso que Adelia sintiese una especial antipatía y repulsión hacia el profesor. Sin embargo, nada de todo aquello parecía luego guardarse en la memoria de Metzger ya que jamás hizo comentario alguno y cuando, desgarrado y hécico, se cruzaba con Adelia por los pasillos de la Facultad, levantaba tímida-mente la cabeza y saludaba con voz trémula, con ese permanente rubor en sus mejillas, exactamente igual que cuando se cruzaba con cualquier otra persona conocida con la que no hubiera estado expuesto al ridículo y a la derrota.

Pronto el hospital y la Facultad fueron una referencia a nivel europeo gracias al éxito de los trasplantes de Metzger y a la buena suerte de encontrar siempre el donante idóneo en el plazo preciso. En esto Metzger era especialmente persuasivo y, prácticamente, obligaba a alumnos y colegas a rellenar los formularios para convertirlos en donantes de órganos. En aquel momento yo ya formaba parte de su equipo y le sustituía en algunas de las clases prácticas aunque debo confesar que, sin el tirón del profesor alemán, el laboratorio se quedaba casi desierto. A esto no le daba mayor importancia pero Adelia, con su rostro cálido, con sus labios bellamente dibujados, con su dicción acariciadora, se mofaba de

mis fracasos docentes y me recordaba lo poco competitivo que soy. En realidad ella siempre me ganaba cuando nos enfrentábamos en cualquier juego, desde el ajedrez hasta el pádel. Y en una de esas frustrantes derrotas, mientras reconciliábamos nuestros cuerpos explorando sus rincones privados, con su mirada felina me lanzó un reto, una apuesta que podría ser divertida. Según su teoría, el profesor Metzger, en sus salidas de fines de semana, buscaba por los hospitales a los moribundos que tuviesen los órganos que necesitaba para sus pacientes; con no sabemos qué técnicas de persuasión, según Adelicia poco morales, obligaba a los enfermos a firmar como donantes y esperaba a que estos muriesen para arrancar su corazón mientras aún palpitaba.

Pero demostrar aquello no le iba a resultar sencillo ya que los órganos llegaban de distintos lugares de Europa y todos convenientemente avalados por los hospitales de origen. Por eso empezamos por buscar las relaciones causales entre sus viajes y la procedencia de los órganos. Aunque Metzger, en su discreción, la mayor parte de las veces no dejaba dicho el lugar al que se desplazaba, Adelicia encontró algunas concordancias que yo calificaba de escasas o justificaba como posibles casualidades.

Entre estas averiguaciones, a las que no prestaba más atención que la que merecía un juego nacido de la desbordante imaginación de Adelicia, inicié mi doctorado con Metzger, cosa que me llenaba de orgullo. Había entonces varios pacientes en situación crítica, dos hombres y una mujer. Una mujer de ojos lentos y tristes con la que Metzger pasaba mucho tiempo y a la que no se cansaba de repetir que salvaría su vida con un corazón joven. Aquello me sirvió para convencerme de que el profesor, a pesar de sus excentricidades y en contra de la opinión de



Adelicia, era una buena persona a la que le importaban sus pacientes por encima de todo. Aquel acercamiento profesional me permitió indagar más en su compleja personalidad.

—La alegría y la risa —me dijo un día algo sobresaltado y con una mirada tétrica— son los bocetos de la inmoralidad. Los que aguantan el sufrimiento, como nuestros pacientes, son los verdaderos héroes. No hay tarea más grande que intentar llenar el mundo con personas ennoblecidas por el sufrimiento y acabar con los disolutos, con los crápulas que inundan la noche de alboroto y nos perturban con sus risas. Algunos de mis enfermos podrían ser operados sin anestesia, tal es su resistencia al dolor y eso es lo que les hace sentirse realmente vivos.

Aunque no estuviese de acuerdo asentía para evitar entrar en discusiones estériles pero, cuando se lo contaba a Adelicia, a ella le servía para añadir nuevos argumentos a su delirante teoría. Adelicia comenzó el último curso de su carrera y aprovechaba mis clases para bombardearme a preguntas cuya doble intención sólo yo conocía y que casi siempre me ponían en un aprieto delante del resto de los alumnos. Aquella perspicacia y aquella sonrisa dulce e inteligente me enamoraban sin remedio. Lejos de olvidar nuestra secreta apuesta, Adelicia quiso llevar el juego más lejos y seguir al profesor en sus escapadas de fines de semana. Por eso, unos días después, cuando al entrar en el despacho de Metzger vi que tenía un billete de tren con destino a Cádiz y la dirección de un hotel en Puerta Tierra, propuse a Adelicia que nos fuéramos el fin de semana a la playa pensando que aquello podría ser divertido.

Sabiendo la hora a la que el tren de Metzger llegaba, esperamos dentro del coche su salida de la estación. Y allí estaba puntual,

arrastrando una enorme y pesada maleta desproporcionadamente grande para un solo un fin de semana. Tomó un taxi que le condujo al hotel y nosotros esperamos con paciencia en un bar cercano; al cabo de dos horas le vimos salir en dirección al centro de la ciudad donde se reunió con otro hombre con el que estuvo charlando largamente. Trascurrido un tiempo, aburridos, nos fuimos a cenar y a recorrer algunos pubs para ver el ambiente nocturno de la ciudad. Serían aproximadamente las dos de la madrugada cuando Adelicia vio de lejos la silueta de Metzger, recortada bajo la luz de las farolas, que caminaba veloz en dirección a su hotel; entre risas, con el frío de la noche condensado en sus labios, comenzó a elucubrar sobre una posible vida secreta del profesor alemán.

Nos olvidamos de él y aprovechamos el día siguiente para ir a la playa y disfrutar de un día soleado de invierno. Sin embargo, el lunes, mientras Metzger estaba dando su clase en la Facultad, entré en su despacho para buscar un artículo recién publicado y vi abierta la maleta que llevaba el fin de semana. En ella encontré el material necesario para hacer análisis de sangre, reactivos de anticuerpos y todo lo que habitualmente utilizamos para conocer la compatibilidad de los donantes. Podría pensarse que aquello era una extravagancia más del profesor que amaba su trabajo al que dedicaba todas las horas de su vida. Podría pensarse también que había quedado con algún colega gaditano para enseñarle alguna técnica. Pero en ese momento nos llamaron desde el hospital Puerto del Mar para decirnos que un helicóptero estaba saliendo de Cádiz y transportaba el corazón de un donante compatible que esperábamos. Me arrepentí de no haberle seguido también el sábado y el domingo para saber si, efectivamente, fue a buscar enfermos al hospital



siguiendo la hipótesis de Adelicia que se dibujaba cada vez más probable. Unas horas después, con pulso temblante, participé en la operación del trasplante con el resto del equipo y, nuevamente, en un baile fantástico de manos, el virtuosismo de Metzger rayó la perfección. Los focos del quirófano disiparon cualquier sombra proyectada sobre él.

Apenas unos pocos días después de aquella operación ocurrió algo que conmovió a toda la Facultad por su carga sentimental. Uno de nuestros pacientes necesitaba con urgencia un corazón. Su mujer angustiada se suicidó y resultó que su corazón, que aún latía cuando ingresó en el hospital, era compatible con el del marido. Entonces Metzger tuvo un momento de lucidez romántica. Generalmente se hacen trasplantes ortópicos, sustituyendo el corazón enfermo por uno sano del donante. En esta ocasión, en cambio, Metzger se decidió por un implante heterotópico, de modo que mantuvimos el corazón enfermo del hombre junto al de su mujer con la intención de que el primero pudiera recuperarse. De esta forma, los corazones de ambos amantes estarían siempre unidos.

Mientras, Adelicia iba recopilando información relacionada con la suerte de Metzger. En la hemeroteca del campus encontró una noticia ocurrida en Cádiz el fin de semana que seguimos al profesor. La página de sucesos relataba que un hombre murió desangrado poco después de entrar en el hospital hacia la una de la madrugada pero no se hacía mención a si era o no donante y, por tanto, cualquier suposición era arriesgada. Pero, a veces, en la cafetería de la Facultad se obtienen detalles que no traen los periódicos. Una amiga le comentó que sus padres eran vecinos de la mujer que, supuestamente, se había suicidado y cuyo corazón latería para siempre al unísono del de su marido enfermo. Según le contaron, los que la conocían nunca hubieran imaginado que

una mujer tan vital, tan alegre, siempre con la sonrisa en su boca, con tantos proyectos y con la férrea esperanza que mantenía en que su marido sobreviviera, pudiese llegar a la desolación del suicidio. Ambos hechos, probablemente independientes y perfectamente explicables por separado tenían, sin embargo, un nexo de unión para Adelicia. Por eso comenzó a indagar sobre nuestros pacientes, sobre aquellos que teníamos en la lista de espera. A ella nada le impedía entrar en el departamento, todos la conocían allí, sabían que era mi novia y entraba y salía de mi despacho con toda naturalidad.

Hoy me tocaba turno de noche en el hospital, unas horas antes, en la Facultad, había terminado de atender a los alumnos que vinieron a revisar su examen. Cuando acabé de cenar me puse a ordenar informes en el portátil. Adelicia me llamó inquieta desde mi despacho de la Facultad y quería verme enseguida. Su voz agitada y lejana, desposeída del aroma de su cuerpo, me dijo que había averiguado algo importante que no podía contarme por teléfono. Me adelantó que, entre los papeles de Metzger, había encontrado una larguísima base de datos impresa con resultados de compatibilidad de órganos de decenas de personas y, entre ellos, estaban los resultados de los análisis de la mujer suicida pero la fecha en la que fueron realizados era de varios días antes de su muerte.

En ese momento apareció Metzger, como un ladrón en la noche. Parecía un espectro vagando en las sombras, un alma extraviada que se había escapado del tanatorio. Me dijo lúgubre que estaba muy preocupado por la joven enferma, que le daba la impresión de que no aguantaría mucho más tiempo aquella situación y que necesitaba con urgencia un corazón. Yo le respondí que no había otro remedio que esperar, que en



cualquier momento nos podrían llamar de algún hospital para decirnos que han encontrado un donante.

—Yo ya he encontrado uno —me dijo con la boca crispada, con un ímpetu que producía espanto, después de lanzarme un informe con los resultados de un análisis de compatibilidad. Lo miré, efectivamente, eran compatibles.

—Adivina quién es el donante —me escupió cerca del oído en un tono abyecto. Entonces me agarró por el cuello bruscamente y me sujetó los brazos en el respaldo de la silla esposándome con unas bridas de plástico. Él sabía que yo era el donante perfecto. Había analizado mi sangre con aquel corte de bisturí en la sala de prácticas que ya no parecía tan fortuito. Todo encajaba y me arrepentí amargamente de no haber prestado más atención a las conjeturas de Adelicia.

—Debo cumplir mi palabra. Debo salvarla para cumplir mi palabra. Hay valores que están por encima de una efímera vida. No hago mal si cambio una vida por otra vida. No hay crimen moral en una simple permuta. Para la gente de ahí fuera, la muerte no existe, los hombres y mujeres que ahora pasean por las calles pueden ser más o menos felices pero están vivos, no conocen el sufrimiento de anhelar seguir con vida. Y cuando les arranco la vida están muertos, ya no están, nada pueden reprochar. Por eso la muerte no es real, no existe para los vivos y nada existe para los muertos. Jamás nadie se encuentra con la muerte. Unos segundos antes de morir sigues vivo, alejado de la muerte y cuando mueres los segundos ya no están, el tiempo ya no es. Es así de sencillo.

—Pero yo no quiero morir todavía —le dije torpemente, sin poder encontrar cordura en mi voz—. Yo tampoco quiero faltar a mi palabra.

Tengo planes para seguir con vida. Le prometí a Adelicia que mañana almorzaríamos junto al río, que dentro de dos semanas iríamos a Londres...

Sólo intentaba alargar la conversación lo más posible. Esperaba que de un momento a otro Adelicia entrase por la puerta y acabase con aquella locura. No estaba preparado para afrontar un destino impuesto, no por el azar, sino por la fuerza de un loco.

—Nada de eso depende ya de ti —me dijo con extraña calma, poniendo su mano sobre mi hombro, tras un silencio insoportable—. No es necesario que te atormentes. No vas a sufrir, te prometo que no vas a notar nada salvo un pesado sueño. Todo parecerá un estúpido accidente, un simple error de un joven médico sin mucha experiencia. Pero tu corazón seguirá latiendo en el cuerpo de una bella mujer y tal vez palpite acelerado cuando con ternura alguien, quizás yo mismo, roce su piel...